

mada «la París de América». Vicente Fidel López publicaba por esos años su *Historia de la Nación Argentina*. Escritores como Lucio V. Mansilla, Lucio López y Miguel Cané describirían distintas realidades. En la década siguiente lo harían Eugenio Cambaceres, Julián Martel y otros.

Adolfo Alsina había sido en su juventud un revoltoso integrante del partido liberal llamado de los «pandilleros», al cual también pertenecía Mitre. Pero al plantearse después de Pavón el tema de la capitalización de Buenos Aires, este partido liberal se dividió, fundando Alsina el Partido Autonomista porteño o de los «crudos», rabiosamente localistas y con tendencias populares, que se negaban a compartir su ciudad con las provincias. El otro bando lo constituían los seguidores de Mitre o «cocidos», unidos en el Partido Nacional, heredero en parte del espíritu unitario y rivadaviano pero con una visión de conjunto nacional que les hacía ver la necesidad de que la rica ciudad de Buenos Aires fuera la capital del país.

A medida que se enriquecía, la élite iba refinando sus gustos y copiando lo que veía en sus viajes a Europa. Ya en la década del 80, Buenos Aires asombraba a los extranjeros por la elegancia de su gente y sus «paseos vespertinos». El preferido era la calle Florida. Se realizaban pic-nics y romerías en los jardines de la Recoleta mientras en Retiro, Plaza Lavalle y Belgrano se hacían conciertos al aire libre. Entre la gente más rica empezaron a ponerse de moda los viajes a París desde donde volvían cargados de sedas, perfumes y toda clase de lujos desconocidos en la austera sociedad hispanocriolla. La gran aldea se estaba transformando en urbe cosmopolita y a su ritmo iba cambiando también la sociedad. De las costumbres patriarcales y republicanas se fue pasando a un refinamiento y un lujo rayanos en el derroche. En los salones del Club del Progreso ya no se tomaban más como en las primeras tertulias horchata, agua de panal o azucarillos sino *champagne* francés, helados y sorbetes de la confitería Saisain y de *Los dos Chinos*. Junto con este lujo comenzó la especulación en tierras y la emisión de moneda sin respaldo. En los últimos años de la década del 80 el optimismo progresista llegó a extremos de locura y la fiebre de especulación se extendió a todos los sectores sociales. En 1890 el *crac* paralizaba el país. La oposición, encarnada en varias figuras (Aristóbulo del Valle, Leandro N. Alem, Bartolomé Mitre, Bernardo de Irigoyen y otros) culpó de todo al presidente Juárez Celman. Estalló la revolución del 90 y cuatro días de balazos conmovieron Buenos Aires. El gobierno resistía desde Retiro, y mientras el presidente se embarcaba rumbo a Rosario, su vice Carlos Pellegrini y el ministro de la Guerra general Levalle, se hicieron cargo de las operaciones. Juárez Celman tuvo que renunciar y Carlos Pellegrini asumió la presidencia de la nación. Lo primero que hizo fue reunir a

los notables, darles cuenta de la situación financiera desesperante por la que atravesaba el país y pedirles un «préstamo patriótico» para garantizar las finanzas. De esta manera, Pellegrini logró evitar el naufragio. Luego envió a Londres a Victorino de la Plaza para que solicitara demoras en el pago de la deuda. A esto siguió un crecimiento económico logrado con la introducción de grandes capitales extranjeros.

En 1891 el papa León XIII dio a conocer su revolucionaria encíclica *Rerum Novarum*, mientras en la Argentina se organizaba la primera central obrera. La «cuestión obrera» era algo muy delicado pues todavía no había leyes al respecto. Para tratar de paliar la situación el padre Grotte fundó los Círculos de Obreros Católicos, donde éstos encontraban asesoramiento y ayuda. Poco después aparecía el periódico socialista *La Vanguardia*.

Para fines de siglo, la Avenida de Mayo inaugurada el 9 de julio de 1894, estaba flanqueada por espléndidos edificios, algunos en construcción. La ciudad había recuperado su brillo en los distintos barrios. Destacaban los corsos de flores en Palermo, donde victorias y landós lucían su carga de «niñas» elegantes; las quintas de Flores; los bodegones tangueros de la Boca, los paseos al Tigre. Pero junto con el progreso y la riqueza iban cambiando aceleradamente las costumbres. Al adoptar la sociedad porteña características de la moral victoriana, las mujeres del 900 fueron mucho menos independientes y espontáneas que sus madres y abuelas. Por empezar, tenían menos movilidad que aquéllas, prisioneras como estaban, y no sólo de un modo metafórico, de institutrices, gobernantas, madres y tías, padres y hermanos y sobre todo, de convenciones que llegaban al ridículo. Educadas en colegios de monjas francesas o por institutrices inglesas, las porteñas alegres y sencillas de mediados del siglo XIX se fueron transformando —algunas muy a su pesar— en las encorsetadas «niñas» de fin de siglo. La mentalidad vigente había dividido a las mujeres en serias (para casarse) o ligeras (para divertirse). En este contexto tenía más sentido la fundación de un club como el Jockey, sólo de hombres, más específicamente de *sportsmen*, que quisieran reunirse para charlar de política, caballos y «cocottes o milonguitas». Todos se decían «liberales» y hasta «librepensadores» pero al mismo tiempo se vanagloriaban de que sus mujeres, hijas y hermanas fueran piadosas y recatadas. La doble moral victoriana comenzaba su tarea destructiva. Persistió sin embargo en algunos lugares como el Club del Progreso algo de ese respeto por las mujeres de talento, que lo diferenció de otros centros sociales. Prueba de ello fue nombrar a la doctora Cecilia Grierson socia honoraria en 1887, cuando ésta anunció que no podría seguir pagando sus cuotas o el banquete dado a Lola

Mora en 1903 en homenaje al emplazamiento de su bella fuente que tanto dio que hablar a las lenguas pacatas. A pesar de todo, la segunda mitad del siglo fue fecunda en cuanto al periodismo cultural femenino y las creadoras destacadas (especialmente narradoras) que bregaron por la ilustración de las mujeres y su acceso al reconocimiento profesional.

Contra la represión y las desigualdades para con las mujeres se alzaron voces de feministas, socialistas y anarquistas, apoyadas por algunos hombres, que debieron luchar durante años para conseguir algunas de las reivindicaciones exigidas. Consecuencia importante de la antinatural separación de los sexos, fue la acentuación del «machismo», la falta de amistad y sana camaradería entre los jóvenes y la desvalorización, tanto de la mujer como amiga, como del amor basado en el afecto racional y sensible. El porteño buscó desde entonces la amistad y la camaradería sólo en los hombres. Este cambio de mentalidad coincidió con el *boom* del tango, híbrido de criollo e inmigrante, que desde la Boca fue expandiéndose hacia los cabarets del Barrio Norte, los organitos de la calle y alguno que otro piano de salón porteño.

El censo nacional de 1895 dio sorprendentes resultados: de los 677.786 habitantes de Buenos Aires, la población local era de 318.361 y la extranjera de 359.634. La mayoría de éstos (181.023) eran italianos; les seguían los españoles (80.352); los franceses (33.185); uruguayos (18.976); ingleses (6.838) y alemanes (5.297). En orden decreciente proseguían austríacos, suizos, paraguayos, brasileños, chilenos, norteamericanos, bolivianos y de otras nacionalidades. Por otra parte, había en el país más de 5.000 fábricas textiles y 756 bodegas.

Para fin de siglo, la palabra «progreso» se convirtió en la panacea universal. Los hombres de empresa reemplazaron a los políticos. La economía volvió a florecer. Al récord del trigo se sumó el del maíz del que se exportaron más de un millón de toneladas. Había entonces en la capital 28 molinos harineros y en Palermo comenzaban las exposiciones patrocinadas por la Sociedad Rural Argentina.

En 1898 aparecía la revista *Caras y Caretas* con sus inolvidables caricaturas políticas. Junto al tango triunfaban también los payadores Gabino Ezeiza y Betinotti. Al Teatro Colón llegaban los mejores cantantes del mundo atraídos por el florecimiento económico y cultural de la Nación Argentina.

Con optimismo el país comenzaba a prepararse para festejar dignamente el Centenario de la Revolución de Mayo.